

Nota: este documento ha servido de insumo principal para el discurso ofrecido por la Secretaria General Iberoamericana, y no representa necesariamente su intervención en el evento. Se pone a disposición para consulta.

Solemne Acto de Investidura Doctora Honoris Causa por la Universidad Europea de Madrid

Madrid, España – Auditorio Edificio B-Campus Villaviciosa de Odón

17 de enero de 2017 – 11:40-13:10

Intervención de Rebeca Grynspar

Secretaria General Iberoamericana

Señora Ana Pastor, Presidenta del Congreso de los Diputados

Señor Juan Morote, Rector de la Universidad Europea

Señor Conrado Briceño, Presidente de la Universidad Europea

Señora Elena de la Fuente, Secretaria General de la Universidad Europea

Señora Marta Muñoz, Decana de la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación

Señora Ana Ovejero, Vicedecana de Derecho y Relaciones Internacionales, y mi
Madrina en este acto

Excelentísimas autoridades académicas, queridas y queridos estudiantes, personal
administrativo, amigas y amigos:

Sean mis primeras palabras de inmensa gratitud hacia la Universidad Europea de Madrid y su Consejo de Gobierno, por este generoso reconocimiento. Gracias especialmente a la Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación por promover esta distinción, en la que me anteceden figuras que cambiaron el curso de la humanidad, como Nelson Mandela y Shirin Ebadi, Premio Nobel de la Paz y primera mujer en recibir el Doctorado Honoris Causa de esta Universidad.

Me complace en particular compartir un título que han recibido grandes amigos y modelos a seguir: pienso en António Guterres y Enrique V. Iglesias. Gracias por el honor de unir mi nombre a esta lista.

Gracias también, querida Ana, por tu bondadoso discurso y por el simple gesto de estar aquí, acompañándonos en una ceremonia que me conmueve en lo más profundo. Estoy convencida de que la solidaridad entre las mujeres que han alcanzado posiciones de liderazgo es uno de los pilares de la lucha por la igualdad de género. Que sea esta también una nueva oportunidad para expresarte mi admiración por tu trabajo y tu trayectoria. Tu *Laudatio* me emociona tanto por lo que es, como por lo que representa.

Recibo este Doctorado Honoris Causa como un voto de respaldo a las causas que he defendido a lo largo de toda mi carrera profesional: el combate contra la pobreza y las desigualdades, la búsqueda del desarrollo humano, la promoción del multilateralismo, el diálogo, la cooperación y la paz. Esos también son los valores del espacio iberoamericano y por eso me enorgullece representarlo.

Intuyo, sin embargo, que este honor también se me concede por la carrera en sí, por el arco de una historia que me ha llevado a recorrer la distancia desde un pequeño pueblo en las montañas de Costa Rica, hasta las altas esferas de la política costarricense e internacional.

Los homenajes conllevan siempre un ejercicio de reflexión. Nos impulsan a mirarnos hacia adentro y juzgarnos con la vara del tiempo. A preguntarnos qué hemos hecho con nuestros talentos y con las oportunidades que recibimos, y cuán firmes hemos sido en la defensa de los sueños que nos inspiraron en la juventud.

Yo recuerdo bien mis épocas de estudiante, cuando tenía la edad que tienen muchos de ustedes. Recuerdo esa sensación de futuro sin límites, de hoja en blanco, de promesa cargada de oportunidades. Pero, como decía Roberto Mangabeira en una hermosa carta a su hijo, uno tiene que dejar de ser todas las cosas posibles, para convertirse en algunas cosas concretas. Y ese tránsito está lleno de peligros. Muchos se vuelven cínicos o escépticos. Muchos acaban por renegar de los ideales que alguna vez guiaron sus pasos.

Puedo decir, con toda honestidad, que rechazo el cinismo como el que más, y hago un esfuerzo consciente para que el escepticismo no se apodere de mi ánimo, porque creo firmemente que es amigo del inmovilismo y el enemigo a vencer para poder cambiar

la realidad. Me he vuelto quizás más pragmática, más realista, más estratégica, pero, en esencia, sigo creyendo en las mismas utopías.

Esta mañana quisiera hablarles de algunas creencias que me han acompañado en los distintos cargos y responsabilidades que he ocupado a lo largo de los años, y que han orientado mis decisiones. Primero, mi absoluta convicción de que debemos luchar por construir sociedades inclusivas, en donde nadie esté condenado a la pobreza, a la marginación, a la ignorancia o a la enfermedad por la familia, el lugar, o el momento en que nace. Sociedades en donde ser diferente no suponga discriminación y en donde cada quien pueda escoger y emprender un proyecto de vida en libertad. Segundo, mi convicción de que la igualdad real entre hombres y mujeres marcará el carácter de nuestro tiempo. Y tercero, mi convicción de que la política puede ser un poderoso instrumento para el bien, una herramienta extraordinaria para transformar la realidad desde la movilización y la acción colectiva. Estas convicciones, que a diario defiendo, tienen el germen, el origen, en mi propia trayectoria personal.

Como algunos de ustedes saben, yo soy hija de inmigrantes. Mis padres llegaron a Costa Rica en la estela de la Segunda Guerra Mundial, habiendo sobrevivido a uno de los episodios más atroces en la historia de la humanidad. Turrialba, el pueblo en que se instalaron, era entonces poco más que una aldea. Ahí empezaron de cero, con esa valentía que es la materia de las grandes y pequeñas epopeyas.

El contexto en que crecí me dio una perspectiva singular. Desde niña, fui consciente de ser parte de una minoría. Mis padres hablaban distinto a los vecinos. Venían de un lugar lejano y desconocido. Profesaban otra religión. No tenían, como la mayoría de la gente alrededor, experiencia agrícola, ni una conexión especial con la tierra. Éramos diferentes y, sin embargo, éramos parte. Costa Rica nos abrió las puertas y nos dio la oportunidad de salir adelante, en calidad de iguales. Nada lo demuestra mejor que el hecho de que una hija de inmigrantes, primera generación nacida en el país, haya sido electa Vicepresidenta de la República a los 38 años. Una gran lección para los tiempos que corren.

Por eso mi compromiso con la inclusión no es, no puede ser, accesorio. Es imprescindible. Es existencial. Está en la base de mi ADN ético e intelectual. Estoy convencida de que una sociedad construida a partir del respeto a la dignidad humana tiene que ser diversa y plural, tiene que incorporar incontables tonos y matices, porque así somos los seres humanos en ejercicio de la libertad.

El mundo está lleno de identidades excluyentes, polarizantes, estáticas y simplificadoras, que nos obligan a comportarnos como si fuéramos un elemento

indistinto de nuestra nacionalidad, de nuestro sexo, de nuestra raza, de nuestra fe, de nuestro color político. Esas identidades excluyentes son en esencia autoritarias, autoritarias con nosotros mismos, porque nos limitan en nuestra propia complejidad, en lo que podemos decir y hacer, en la forma en que podemos comportarnos y la gente con la que podemos relacionarnos. Nos obligan a escoger entre distintas partes de nosotros mismos.

En cambio, creo que debemos luchar por construir identidades incluyentes, que reconozcan que todos somos una mezcla única de influencias y decisiones, de causas y motivaciones. Como dice la campaña de la Cooperación Iberoamericana, todos somos diferentemente iguales. La diversidad es consecuencia de nuestra libertad. Es porque somos libres que podemos ser, por ejemplo, amantes de nuestro país y ciudadanos del mundo. Femeninas y defensoras de la igualdad. Religiosos y tolerantes. Ser muchas cosas a la vez, sin tener que renunciar a aspectos de lo que somos.

Es necesario construir marcos que permitan que cada quien emprenda su proyecto de vida dentro de la sociedad, y no excluido de ella. Esa fue la oportunidad que disfrutaron mis padres y que les otorgó la capacidad, a ellos y a sus hijas, de reescribir su historia y transformar su suerte.

La segunda convicción que he mencionado es mi creencia de que los avances en alcanzar la igualdad real entre hombres y mujeres determinarán el carácter de nuestro tiempo. Y esto lo digo no solo por las mujeres, sino también por los hombres. Porque esta lucha no debería ser solo de las mujeres, no es una lucha sectorial o gremial, sino de toda la sociedad. Y aquí regreso una vez más a la Costa Rica de mi infancia. Cinco años antes de mi nacimiento, Bernarda Vásquez pasó a la historia como la primera mujer de mi país en emitir el voto, seguida por la elección de las tres primeras diputadas costarricenses, en 1953. Como en todos los países, ese logro fue el fruto de una lucha enardecida. Yo ignoro qué conversaciones habrán tenido mis padres sobre el sufragio o la participación política de las mujeres, en la década de los cincuenta. Lo que sí sé es que su compromiso absoluto con la educación de sus hijas (todas mujeres) nos dio un grado de autonomía extraordinario. Mis hermanas y yo fuimos la primera generación en nuestra familia en ir a la universidad, y, sobra decirlo, las primeras mujeres profesionales.

Yo pude traducir mi educación en empoderamiento. Pero esa relación no es directa ni automática. Actualmente las mujeres exceden a los hombres en todos los niveles educativos, en prácticamente todo el mundo occidental, pero seguimos sin vernos

igualmente representadas en los espacios de toma de decisión. Apenas una de cada tres congresistas latinoamericanos es mujer, y solo una de cada diez alcaldes. Hay más hombres llamados John al frente de las 1.500 principales empresas de S&P, que todas las mujeres juntas. Se estima que, al ritmo actual, tomará 217 años cerrar la brecha salarial entre hombres y mujeres a escala global, una cifra que además tristemente ha aumentado en los últimos años. Creímos, en algún momento, que únicamente era posible mejorar, hoy debemos reconocer que también es posible enfrentarnos a los retrocesos.

Por eso no podemos bajar los brazos, aunque debemos reconocer siempre los avances, ahí donde ocurran. Sigue habiendo buenas noticias. Por ejemplo, España ha registrado logros considerables en la reducción de la brecha salarial.

Como cualquier mujer que ha alcanzado posiciones de poder, yo he debido romper muchos techos de cristal. La experiencia me ha demostrado que las barreras son sistémicas, que la estructura de nuestra sociedad impone enormes restricciones al proyecto de vida de las mujeres. Esto no solo es injusto, sino un desperdicio colosal de talento y capacidad. No es casualidad que los países más avanzados, los que alcanzan índices más elevados de desarrollo humano, sean también los que exhiben las menores brechas de género. Al final del día, como bien lo demuestran múltiples estudios, la igualdad nos hace más prósperos, más seguros, más democráticos, más pacíficos... y también más humanos.

Y es que, como dije anteriormente, no solo estamos luchando por las mujeres, sino también por los hombres, porque ellos también tienen derecho a los afectos, a la familia y a su propio proyecto de vida. El cambio contra los estereotipos y la discriminación requiere no solo un cambio en "LOS OTROS", sino también en nosotras mismas.

La tercera convicción que quiero mencionar es quizás la que menos abracen las personas más jóvenes: yo creo en la política. Creo en sus instrumentos e instituciones. Creo en sus mecanismos y procesos. Creo que es una herramienta poderosa para transformar la realidad, y generar cambios profundos y duraderos. Creo en la democracia y en su perfectibilidad.

No planeé una vida en la función pública. Cuando estaba en la universidad, pensaba que quería seguir una carrera académica. Pero entonces fui llamada a ser asesora en el Gobierno, y de ahí en adelante mi vida se ha regido por una vocación de servicio. Sé que suena trillado, pero es cierto. En cada tramo del camino, me he preguntado si

tendría más impacto dentro de la institucionalidad, o fuera de ella, y siempre escogí quedarme e intentar reformar el edificio desde adentro.

Comprendo las causas del descontento ciudadano y el distanciamiento frente a las instituciones. En cierta medida, creo que es una señal de progreso, de una ciudadanía que se ha vuelto mucho más intolerante frente a la corrupción, la desigualdad y la ineficacia. Pero creo que el descontento y el enojo son apenas un punto de partida. No son una propuesta. No son un curso de acción. Son tan solo una reacción.

Ahora bien, sé que la juventud es más cívica de lo que transmiten los titulares. Hay un activismo que se manifiesta en espacios innovadores y disruptivos. Desde mi rol en la SEGIB he visto el surgimiento de nuevas formas de organización ciudadana, que se valen del talento para encontrar respuestas a los desafíos de las comunidades. Pero esas nuevas formas de participación tendrán que encontrar la manera de encuadrarse en la arquitectura democrática, tal que les permita construir proyectos de largo plazo. No existen vacíos de poder, ni espacios vacantes en la arena política. El espacio que no ocupen colectivos más o menos estables y coherentes, comprometidos con valores de equidad y solidaridad, lo ocuparán grupos con intereses menos altruistas.

Así es que quiero incentivar el debate sobre esa nueva frontera de la participación política y ciudadana. Yo digo con frecuencia que, para mi generación, que vivió el fin de las dictaduras en Iberoamérica, la democracia es una conquista. Para las generaciones más jóvenes, la democracia es un dato, una constante que se justifica a partir de sus resultados, y no de su valor intrínseco. Me intriga, e incluso me emociona, la posibilidad de que se creen mecanismos novedosos de toma de decisión, de movilización y de participación de la ciudadanía. Solo quiero reiterar la importancia de que esos cambios nos lleven hacia más democracia, y no menos.

Queridas amigas, queridos amigos:

La gran poeta polaca, Wisława Szymborska, Premio Nobel de Literatura, decía que todos los días usamos frases como “el mundo ordinario”, o la “vida ordinaria”. Pero no hay nada ordinario en este mundo. Ni una piedra en el suelo, ni una nube en el cielo. Ni un día, ni una noche que le siga. Y, sobre todo, ni una sola existencia humana es ordinaria. Cada niño, cada niña que viene a la vida, es un portento.

Mi historia no excede las dimensiones de otra historia. No es superior a la de nadie. Es tan solo eso: una vida humana, cargada de giros, de retos y de momentos de profunda alegría. He tenido la suerte, la gran bendición, de poder imprimirle a esa vida un rumbo acorde con mis valores y principios. De hecho, esa es la razón que me ha traído aquí a España, en donde he podido trabajar por una comunidad de países que, con todas sus diferencias, han encontrado maneras de cooperar en la diversidad. Que han desafiado el tiempo y el espacio para seguir celebrando lo que los une y no lo que los separa. Que le han dado valor a lo intangible tantas veces olvidado, a lo simbólico, a la cultura, que no es otra cosa más que la forma en que nos tratamos los unos a los otros. Eso es algo que me inspira, como ya habrán comprendido.

Este es el último mensaje que quiero darles esta mañana: yo creo que hay que vivir con propósito. No me refiero a perseguir el espejismo del control absoluto. Mil factores se escapan siempre de nuestro dominio. Pero hay que tener una guía, hay que seguir una estrella. Hay que ser capaces de concebir un mundo mejor, y ajustar las brújulas.

Ustedes están en un lugar privilegiado para eso. Para imaginar el tipo de sociedad que quieren construir. La imaginación es el músculo de la empatía. Uno lucha por los demás porque es capaz de trascender, desde la libertad, su propia individualidad. Por eso la enseñanza es la tarea más sublime. Porque entrena la potestad de elevarnos por encima de nuestros propios límites. Porque puede hacernos, no solo más doctos y más eruditos, sino también más justos y compasivos.

Agradezco nuevamente a la Universidad Europea por este Doctorado Honoris Causa y a cada uno de ustedes por estar aquí, y por recordarme que, como decía Pedro Henríquez Ureña, “no es ilusión la utopía sino creer que los ideales se realizan sobre la tierra sin esfuerzo y sin sacrificio. Hay que trabajar”. Y en eso estamos.

Muchas gracias.